

Una reflexión a raíz de un viaje

## Cristo y la India

JOSE ALDUNATE, S.J.

**E**l viaje fue brevísimo, pero no precisamente a vuelo de pájaro.

A comienzos de septiembre estuve cuatro días en Israel y luego tres semanas recorriendo en tren y en bus unos 4.000 kms. del norte y sur de ese subcontinente que es la India. Quería ver el rostro de ese inmenso pueblo de 800 millones de habitantes y hacer algunas preguntas a sus sabios y profetas. Lo que me ayudó mucho fue contactarme con mis hermanos jesuitas. Hay 3.500

jesuitas indios que han reemplazado a los misioneros extranjeros y han asumido la tarea de emprender en su patria una nueva evangelización. Y esa era la pregunta que me surgía, viniendo de la Tierra Santa: cómo anunciar la buena nueva de Cristo a esa enorme porción de la humanidad.

Esto resalta ante todo a los ojos del que visita la India: un pueblo bullente, que desborda por todos lados. Una superficie poco mayor que la de Argentina tiene una población

dos veces la latinoamericana. Los campos y pobleríos retienen 75% de los habitantes; los demás repletan caminos, congestionan ciudades y crean enormes metrópolis de 7 a 10 millones de habitantes como Delhi, Madrás, Bombay y Calcuta, en donde varios millones viven literalmente en las calles, refugiándose bajo cobertores de nylon cuando llegan los aguaceros del monzón.

En la India hay una inmensa pobreza con millones que sufren hambre y desnutrición y un número incalculable, realmente incalculable, de desocupados. Un gobierno que se llama socialista no ha tenido la integridad de abordar seriamente estos problemas de vida y de muerte. La pobreza y la miseria persisten. Algunos culpan al incremento de la población, pero la tierra es rica en recursos y los técnicos di-



Un pueblo bullente, que desborda por todos lados.



La Iglesia india debe aún convertirse a su pueblo.

cen que podría alimentar a dos veces más población. Quiere decir que la falla es humana: falta una voluntad colectiva de hacer valer los derechos de un pueblo a la vida.

En esto me parece que estaría la "buena nueva" que Cristo ofrecería a este pueblo: "He venido para que tengan vida y para que la tengan plenamente". Habría, sí, una modalidad propia que tendría que revestir este mensaje. Cristo no tiene para qué ofrecer una concepción occidentalista de la vida. Llevaría a ese pueblo la vida que demanda su espíritu y que responde a su cultura y a la sociedad que ha de construir. Los apóstoles del Evangelio han de ser mensajeros de esta vida. Inmensa tarea significada en lo que se ha llamado la nueva evangelización de la India.

¿Está la Iglesia india preparada para esta tarea? Sin duda, inteligencias clarividentes la comprenden, pero la vida y estructuras de la Iglesia india —es el juicio de muchos sabios— no está preparada para responder al desafío. Transmite aún esquemas del Occidente, formas eclesiales y prácticas ajenas a la sensibilidad y a las necesidades del hombre y de la mujer del Oriente. Deberá someterse a un proceso de conversión.

La Iglesia india deberá to-

mar el camino de Cristo en su proceso de encarnación. San Pablo nos dijo que Cristo se despojó de la gloria de Dios para hacerse siervo con los siervos, pobre con los pobres. Tomó el lenguaje de los suyos para expresar en él su mensaje de salvación. La Iglesia india debe aún convertirse a su pueblo, asumir su pensamiento y su pobreza y proclamar desde allí su mensaje de liberación.

Pero el Evangelio, al entrar en una cultura, junto con asumirla, la purifica y transforma. Las servidumbres del pueblo indio no son solamente la económica, social y política. Sufre también, como sufría el pueblo de Jesús, una servidumbre religiosa. Tradiciones hindúes sacralizan diferencias de castas incompatibles con el Evangelio; otras consagran fanatismos y fatalismos. Evangelizar una cultura es asumir la defensa de los más postergados y desde ellos reconstruir una sociedad justa, sin castas. El Evangelio es ante todo buena nueva para los más pobres.

El peligro para la Iglesia de la India es la de ser una secta más. De cada 100 indios, dos son cristianos. Pero ese dos por ciento puede cerrarse en sus prestigiadas instituciones, en la abundancia de su clero nativo, en su fácil reclu-

tamiento entre los marginados. Y dejaría entonces de ser fermento en la masa.

Es notable cómo los "gurus" cristianos más perspicaces de la India han encontrado inspiración en la Teología de la Liberación latinoamericana, en la que ven, previa adaptación a la idiosincrasia india, una respuesta a los desafíos de su historia.

Ellos se proponen algo muy sencillo y muy revolucionario: hacer lo que Cristo haría: mostrar a un pueblo sometido el rostro de un Dios liberador, de un Dios que los acompaña en sus esfuerzos de liberación. De esta fe en Dios, de esta nueva esperanza de un pueblo, de su compromiso solidario, surgirá una nueva iglesia portadora del Reino. ¿Una nueva Iglesia...? Es la misma Iglesia de Cristo, pero nuevamente inculturizada en un pueblo. M